Globethics Repository



Lula y el Movimiento de los Sin Tierra
[Lula and the Movement of the Landless]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Santos,Raimundo
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-15 01:40:19
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/218868

Lula y el Movimiento de los Sin Tierra

En la hora de la política

El artículo describe algunos rasgos del nuevo gobierno de izquierda en Brasil, relacionados con la cultura política de dos importantes protagonistas de la escena actual. Con el acceso al poder, el PT concluye su evolución de partido sindical a organización propiamente política. Por su parte, el MST es una organización tensionada por el desafío de asumir plenamente su institucionalización social. Cabe llamar la atención sobre las difíciles relaciones entre ambos actores: mientras el PT y su líder se ven como realizadores moderados de un reformismo gradual en democracia, el MST, determinado por la urgencia de sus demandas, se enfrenta a la exigencia de observar la legalidad democrática y repensar su trayectoria de outsider dentro del sistema político.

Raimundo Santos

En poco más de un año, dos hechos alteraron los significados que tanto el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), de México, como el Movimiento de los Sin Tierra (MST) brasileño venían imprimiendo al imaginario de las revoluciones del siglo XX, aún con fuerza de convocatoria en nuestros países. Estos movimientos rebeldes no solamente atestiguaban y resistían el

Raimundo Santos: politólogo brasileño, profesor de la Universidad Rural de Río de Janeiro; escribe en revistas como *Estudos Sociedade e Agricultura*, *Política Democrática* y en el sitio <www.gramsci.org>; su último libro publicado: *Caio Prado Jr. na Cultura Política Brasileira*, Faperj / Mauad, Río de Janeiro, 2001.

Palabras clave: movimientos sociales, agrarismos, Movimiento de los Sin Tierra, Partido de los Trabajadores, Brasil.

proceso de «fin del campesinado», como denominara Eric Hobsbawm las transformaciones que remodelaron radicalmente el mundo rural en el milenio, sino también proponían valores provenientes de grupos agrarios como estímulo para nuevas militancias antineoliberales y antiglobalizadoras.

En muchos ambientes intelectuales brasileños, se llegaba a hablar de la misión de los Sin Tierra como sembradores de un proyecto popular para Brasil

En muchos ambientes intelectuales brasileños, se llegaba a hablar de la misión de los Sin Tierra como sembradores de un proyecto popular para Brasil. Se decía que en el MST estaba surgiendo un segundo impulso social para formar otra izquierda, tal como a comienzos de los años 80 había nacido el Partido de los Trabajadores (PT) en sindicatos organizados del área más industrializada del país. El PT venía a sustituir al Partido Comunista Brasileño (PCB), la izquierda histórica poseedora de cierta gravitación en el campo democrático de centroizquierda por lo menos hasta la amnistía que, en 1979, aceleró el fin de los gobiernos militares. De manera ejemplar, en la rebelión de los guerrilleros del EZLN, esos agrarismos vendrían a alimentar, en la resistencia que muchos sectores de la izquierda ofrecían a la globalización, una de las utopías de fin de siglo. Hacia allí apuntaron la conferencia contra el neoliberalismo organizada por el propio EZLN, en Chiapas, en 1996 y, en años más recientes, las articulaciones alrededor de la llamada Vía Campesina que ahora se extiende por varios países a través de organizaciones agraristas.

El primero de aquellos eventos fue justamente la marcha realizada por el EZLN, en marzo de 2001, hasta Ciudad de México, concretizando, por así decir, una gran carga simbólica rebelde alrededor de gestos y discursos del neozapatismo. Aquella jornada pacífica realzaba una función novedosa que entonces se atribuía al neozapatismo en tanto movimiento social de otro tipo llamado a refundar la política en el contexto de búsqueda de un nuevo imaginario emancipatorio. Para no pocos ambientes intelectuales la política ya no tenía centralidad en nuestras sociedades posindustriales y sin clases universales, sobre todo después del fracaso del comunismo y del agotamiento del Estado de Bienestar, testimoniados en la caída del Muro de Berlín y en la afirmación del neoliberalismo en países con tradición socialdemócrata.

La rebelión neozapatista no solo vino a llamar la atención sobre un cambio ideológico en la guerrilla campesina revolucionaria. A diferencia del pasado,

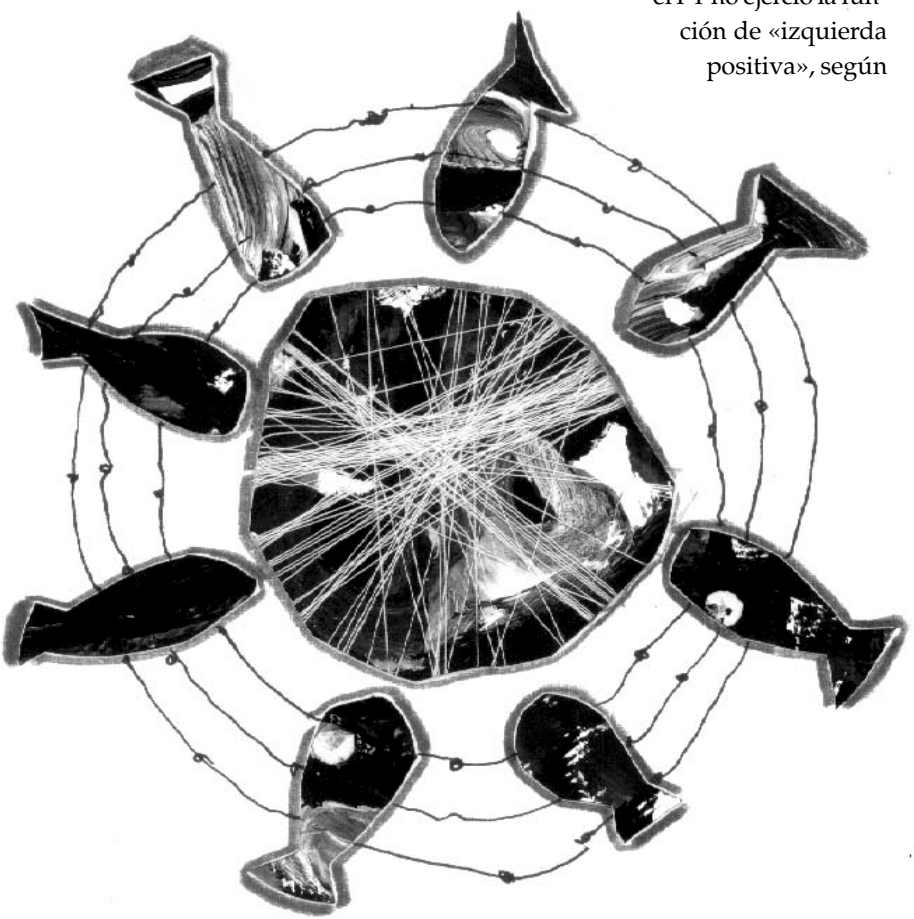
los nuevos guerrilleros del EZLN marcharon hasta la sede del Gobierno, no para asumir el poder sino para anunciar, conforme a lo dicho por sus comandantes en el Zócalo de Ciudad de México, que la saga de aquel ejército de liberación nacional representaba la victoria de un «ejército sin armas». Su éxito en 2001 no estuvo solamente en hacer oír la «voz de los sin rostro» (los indígenas mexicanos) y consagrar los signos del neozapatismo dirigidos hacia aquella búsqueda de nuevos imaginarios, sino que también dejaron otra lección. Después del Zócalo, los insurrectos de Chiapas fueron a la sede del Legislativo y se vieron delante de los espacios político-institucionales donde deberían reivindicar una nación multicultural que reconociera efectivamente al Otro. Aunque allí no se haya dicho, ese movimiento disidente ponía en discusión el tema del *aggiornamento* de la democracia como función de la política y de sus partidos políticos, *aggiornamento* ya en curso en algunas áreas de la izquierda ex-comunista y socialdemócrata de Europa que se confrontaron, en registro positivo, con los primeros tiempos del globalismo, incluso participando de gobiernos de centroizquierda organizados para disputar con la derecha neoliberal las modernizaciones de fines de milenio.

Es difícil ver el ascenso de Lula al Gobierno sin tener la impresión de estar frente a la conclusión de todo un «gran movimiento social»

Esas tentativas europeas de gobernar la globalización mediante un nuevo reformismo representaban una gran prueba para la valorización de la política. Mientras no pocos decían que la caída del Muro de Berlín y la globalización significaban la «victoria del capitalismo», frente a la cual solamente cabía levantar un movimiento defensivo, se formaron amplias coaliciones, por ejemplo en Italia y Francia, para abrir camino a la tarea de interferir en los rumbos de la nueva mundialización de la economía. Esos tiempos de revalorización de la política llegaron tras las interpelaciones de las experiencias del Este y el Oeste, y sus protagonistas de izquierda y centroizquierda movilizaron aquello que Habermas, en su reflexión sobre el fin del comunismo, había valorado como el saldo del siglo XX, que no fue solamente un siglo bélico, sino también el del reencuentro entre el Estado democrático de derecho y la comprensión, al fin universalizada, de la meta socialdemócrata de la interrelación entre economía y sociedad en un capitalismo estructuralmente modificado.

El segundo hecho, que ciertamente dará otro significado al papel del MST en la percepción de sus grupos de militantes y simpatizantes, es la victoria del PT en 2002. La elección de Luiz Inácio Lula da Silva actualiza el tema, ya tratado en el

pensamiento social brasileño, de la institucionalización de las movilizaciones agrarias contemporáneas en un país de economía y sociedad complejas como Brasil. A diferencia del emblema neozapatista, el evento brasileño mostraría la valorización de la política a partir de otra circunstancia: el acceso electoral al Gobierno por parte de la izquierda. En Brasil, la idea *aggiornada* de revolución –incorporar amplias demandas sociales, como había dicho Lula siendo candidato, prometiendo realizar desde la Presidencia todo aquello que había reivindicado desde la amnistía de 1979–, adquiere el sentido de un gran impulso societario que, en el mundo complejo de hoy, solo puede institucionalizarse con instrumentos del Estado democrático de derecho. Una concepción de revolución que redimensiona radicalmente el imaginario, que hasta hace poco todavía orientaba los pasos de sectores bastante numerosos de la militancia siempre oposicionista del PT, y condicionaba sus responsabilidades frente a las modernizaciones globalistas. Recordemos que durante los dos gobiernos de Fernando Henrique Cardoso, el PT no ejerció la función de «izquierda positiva», según



© 2003 Eddy Chacón/Nueva Sociedad

la expresión con la cual, en vísperas del golpe militar de 1964, Santiago Dantas pedía moderación a las izquierdas para que el gobierno de João Goulart no se desestabilizara y pudiera proseguir con su programa de «reformas de base» en el régimen democrático de aquella época.

Es difícil ver el ascenso de Lula al Gobierno sin tener la impresión de estar frente a la conclusión de todo un «gran movimiento social» que, desde la fundación del PT en 1979, durante 22 años, había polarizado aspiraciones, obteniendo en múltiples ámbitos reconocimiento para las dos letras de la sigla partidaria. Se trata de la victoria de un partido que, en una movilización continua de intereses, reunió distintos grupos de las izquierdas remanentes de la época de la resistencia a la dictadura de 1964, y perfiló una perspectiva de poder desde aquel origen social, al punto de presentarse como crítica antielitista e incluso como denuncia de la política corriente en el país, política que el PT busca ahora practicar sin las ambigüedades bien notables en ese partido hasta hace poco. El PT forjó aquella vocación originaria de poder alternativo afirmándose en el terreno del asociativismo, a través de las llamadas oposiciones combativas que dislocaron liderazgos y, no pocas veces, fracturaron estructuras de entidades representativas existentes, hasta tornarse hegemónico en el medio sindical y en otros ambientes sociales. Como agrupación partidaria, el PT creció en las elecciones mediante candidaturas propias sin recurrir a alianzas relevantes. A lo largo de su trayectoria ejerció una oposición continua y disociada del estilo frentista pluriclasista del viejo PCB, frentismo que este partido siempre movilizaba con miras a mejorar los procesos en curso recurriendo a negociaciones con los actores presentes en la escena pública. Sin embargo, después de una campaña centrada en el nombre de Lula, en la cual el candidato recibió los más variados apoyos de casi todos los partidos existentes en el país, principalmente en la segunda vuelta electoral, el PT pasó a ejercer la Presidencia recordando otros momentos de la historia brasileña caracterizados por intensas movilizaciones de la opinión pública y amplias alianzas. Un ejemplo de esas concertaciones fue la victoria de Tancredo Neves en enero de 1985, poniendo fin al régimen autoritario al derrotar al candidato de los militares en el Colegio Electoral, institución creada por éstos a los efectos de reproducir sus gobiernos dictatoriales.

Al alcanzar la Presidencia, el PT aceleró la desradicalización que ya venía adelantando en sus experiencias al frente de algunos gobiernos estadales

Como señalaron en su momento algunos protagonistas de la victoria del PT en 2002, la ceremonia de asunción de Lula simbolizó la realización de aquellos

grupos sociales y áreas de la *intelligentzia* que acompañaron los pasos del líder sindical de las fábricas de San Pablo hasta el Poder Ejecutivo en Brasilia. Apoyado en un principio por una articulación de pequeñas agrupaciones partidarias, Lula llegó al Gobierno movilizando una idea de unión nacional centrada en su imagen, y organizó un primer gabinete esencialmente alrededor del PT, reflejando una concepción distinta a la tradición de los comunistas brasileños, que se decían servidores (bien que como táctica discursiva) de un frente único pluralista democrático-reformador. La bibliografía especializada registra que, como partido minoritario pero siempre vigilante de no aislarse y perder influencia, en su práctica corriente el PCB condicionaba todo a los objetivos generales que perseguía en cada momento. Incluso subordinaba la propia identidad, como por ejemplo durante la resistencia a los gobiernos militares, al permanecer por muchos años en el frente único que derrotaría a la dictadura: el Movimiento Democrático Brasileño (MDB), convertido después de la amnistía en Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB). Los comunistas permanecieron en el PMDB hasta prácticamente el final del primer gobierno civil, de José Sarney, que operó la transición democrática que se había iniciado a principios de la década de los 80.

De todas formas, al alcanzar la Presidencia, el PT aceleró la desradicalización que ya venía adelantando en sus experiencias al frente de algunos gobiernos estadales, y asumió la política de lo posible que anteriormente había rechazado. Como partido nuevo y, en realidad, aún no sólidamente mayoritario, al llegar al Gobierno el PT no expresaba una organicidad transversal en la sociedad, ni los votos obtenidos por Lula estuvieron acompañados de un número significativo de gobernadores del partido (ya que los pocos que el partido impuso no pertenecen a los estados principales). Aun siendo la agrupación con la mayor bancada de diputados (pero con un número bastante menor de senadores), no dispone de un bloque parlamentario que le evite recurrir, tanto en la Cámara de Diputados como en el Senado, a una política de acuerdos amplios, tal como se conoce en la tradición de los comunistas brasileños. Sin embargo, una vez en el Palacio de Planalto, el PT ha pasado a ser, en algunos aspectos, tan pragmático que corre el riesgo de encontrarse sin proyecto propio, revelando su distanciamiento con relación a la cultura política de aquella izquierda histórica cuyo frentismo, por cierto, alude al propio modo como el partido alcanzó el poder en 2002. Para aprobar sus proyectos el gobierno de Lula recurre a los más variados sectores y presiona a los partidos aliados para que apoyen las reformas del sistema previsional. Pero en el área partidaria se reclama el hecho de que el PT no gobierna con aportes efectivos de las fuerzas que apoyaron a Lula en la segunda vuelta, como también hay quejas contra la acción del

Gobierno que coopta parlamentarios opositores en desmedro del propio espectro partidario.

Este momento histórico de recreación de las izquierdas brasileñas permite formular otras consideraciones sobre la correlación entre pasado y presente, y conjeturar acerca de próximos y eventuales pasos de algunos relevantes actores de la hora actual. En primer lugar, viendo el modo cómo el impulso del «país real» y sus carencias se institucionalizaron en la representación del PT, se tiene la sensación de estar frente a una experiencia de partido con trayectoria divergente a la interpelación intelectual de diversos grupos sociales, tal como está expuesta en el *¿Qué hacer?* que Lenin escribió sobre el formato de partido revolucionario más apropiado a su teorización de la formación social rusa. En el caso brasileño tendríamos una experiencia que recuerda aquella trayectoria descrita en el *Manifiesto comunista*, o sea, conforme el modelo inglés usado por Marx y Engels: una clase que en su conjunto se convertiría en forma-partido, con el auxilio coadyuvante de una *intelligentzia* portadora de visiones generales, de las cuales carecían los grupos sociales. La trayectoria del PT evoca más el ejemplo de Inglaterra, cuyo sindicalismo, como es sabido, recurrió a la esfera política para concretar demandas y terminó creando un partido laborista, modelo recordado por algunos fundadores del PT en artículos publicados en la prensa en 1979. Pero en el caso del partido de Lula los elementos ideales, por así decir, se diseminaron en luchas internas a lo largo del país y en algunos de los movimientos sociales más importantes que se encontraban bajo su influencia. Tales elementos no fueron movilizados a partir de una interpretación de Brasil al modo de Lenin, o en términos mannheimianos, como en el antiguo Instituto Superior de Estudios Brasileros (ISEB) en el pre-1964, o aun en cierto sentido, como trataría de hacer Cardoso en su Partido de la Social-Democracia Brasileña (PSDB).

El* aggiornamento *de la izquierda histórica fue arduo y no concluyó en una nueva formación política

En segundo lugar, llama la atención que la proyección rural de ese experimento del PT, a diferencia del rescate de un campesinado revolucionario, se haya estructurado en la Confederación Nacional de los Trabajadores de la Agricultura (Contag). Esta central agraria se creó a partir de sindicatos organizados por los comunistas a comienzos de los años 50, cuando dejaron de lado las pretensiones campesinistas que alimentaron en los años de la Guerra Fría. En el tiempo contemporáneo, el ejemplo más próximo del impulso disruptivo localizado en el mundo rural –según la bibliografía clásica, lugar de campesinos sin la centralidad del mundo del trabajo urbano– sería vivido por la acción del MST.


© 2003 Eddy Chacón/Nueva Sociedad

Nacido en la segunda mitad de los años 80, desde la frustración que la primera derrota de Lula en la elección presidencial de 1989 provocó en sectores de la izquierda, el MST viene cumpliendo una intensa función imagética en grupos militantes de izquierda, incluso en parcelas de la *intelligentzia* brasileña ubicadas a lo largo del país.

No por casualidad fue la estructura *contaguiana* –de formato organizacional estable y siempre propensa a la negociación– la que el PT usaría para afirmarse en el mundo rural, donde llegaría, con el apoyo de la Iglesia en algunas áreas, a sustituir las últimas influencias comunistas en los sindicatos y federaciones. Esta presencia todavía era visible en los años inmediatos a la amnistía de 1979, cuando en la reorganización del espectro partidario los comunistas no pudieron evitar, primero, su aislamiento político y, después, la pérdida de sustancia social. Aun habiendo protagonizado ese dislocamiento de los comunistas en las entidades rurales mediante las referidas oposiciones combativas, se nota, en la evolución del PT, una cohabitación entre la forma-partido y la movilización de tipo laborista (pero también por la tierra), especialmente las acciones por la mejora e instrumentación de nuevas políticas públicas.

En eso el PT repitió, por así decir, los pasos del viejo PCB, cuando en el periodo anterior al golpe militar de 1964, este partido se dedicó a fundar entidades sindicales agrarias estructurando finalmente la Contag. Aunque reivindicándose como partido de misión histórica exclusiva, el PT siguió la vocación *contaguiana* originaria, manteniendo en el mundo rural su antiguo *modus vivendi*, principalmente el estilo de interacción con la esfera pública y de presión por políticas

gubernamentales. Habría sido natural, por lo tanto, que hubiese ido la Contag a recibir espontáneamente, en la Plaza de Planalto, al nuevo presidente de la república, en un gesto de reivindicación de los intereses de sus bases y, al mismo tiempo, de celebración por la conquista del Gobierno Federal modelada por la trayectoria social del PT, partido que por otra parte aún sigue siendo hegemónico en esa central agraria.

Con el ascenso de Lula al Gobierno, no tuvimos solamente un vuelco –saludado por muchos como el más espectacular en los años recientes de agotamiento del ciclo de gobiernos modernizadores–, sino también vivimos circunstancias y oportunidades sumamente estratégicas para la recreación de las izquierdas brasileñas. Recordemos que el *aggiornamento* de la izquierda histórica fue arduo y no concluyó en una nueva formación política, como propuso el PCB en su penúltimo congreso, en 1991. En un periodo demasiado largo los comunistas tuvieron que conciliar sus ambigüedades –superándolas solo al final de la vida del PCB– con relación a la democracia política como único medio de reforma y perfeccionamiento de la sociedad brasileña. Si, para el PT, alcanzar la Presidencia constituye el momento álgido en su evolución de partido social a partido de la política, para el MST también parece haber llegado la hora de caminar hacia su propia institucionalización. Este sería el momento oportuno para el MST, cuando el impulso generador del partido sindical creado al calor de la amnistía de 1979 concluye en la presidencia de Lula, al asumir el PT su responsabilidad nacional de partido propiamente político al frente de promesas reformistas factibles de realización sólo bajo el Estado democrático de derecho. El MST tendría que mirar hacia el futuro inmediato y repensar su trayectoria en esta nueva circunstancia. Tiene por delante un camino de muchas posibilidades, principalmente la de transformar el reformismo agrario –en curso desde el gobierno de Sarney– en un reformismo, ahora bajo la presidencia de Lula, aún más fuerte y sustentable que el desarrollado por los gobiernos de Cardoso.

Por su carácter de interpelación intelectual, el *aggiornamento* del MST significaría una doble operación de redimensionamiento de los objetivos que hasta hoy guiaron sus pasos como protagonista bastante *outsider* del sistema político brasileño. Por un lado, el gesto de reevaluación implicaría reconocer los nuevos hechos de ese reformismo agrario progresivo que ya lo interpelaba, especialmente desde los tiempos de Cardoso y su reforma agraria de adaptación del mundo rural a las nuevas ruralidades emergentes. Por otro, sería el momento del MST reevaluar su capacidad de intervención, que estaría limitada por un acentuado estilo voluntarista, como ha sido sugerido –en forma insistente pero no siempre bien comprendida– por la literatura especializada en los últimos cuatro años.



© 2003 Eddy Chacón/Nueva Sociedad

Según lo que pide ahora el gobierno del PT, el MST debería asumir con plenitud su papel como ente de inclusión social e interlocutor estratégico, en alianza con la Contag, particularmente para retomar el tema de la estructuración del área reformada que resultó de las movilizaciones agraristas emprendidas por ambos protagonistas del mundo rural y de las respuestas positivas de los gobiernos de Cardoso. Ahora sería el momento para un área reformada "con calidad", como viene anunciando el gobierno de Lula en sus intenciones, tanto de hacer viables los asentamientos de la reforma agraria ya constituidos, como brindar mejores condiciones a aquellos que están en vías de formación para acoger a los Sin Tierra, hoy movilizados en los campamentos esparcidos por muchos puntos del país.

Además de las antiguas afinidades de trayectorias e imaginarios, las relaciones del MST con el nuevo gobierno, en el cual los Sin Tierra tienen hasta ahora cierta influencia en las esferas ligadas a la reforma agraria, aún se están estableciendo. Mientras el MST intensifica sus acciones y sigue tensionando algunas áreas del país con nuevas ocupaciones de tierras y campamentos y aumenta sus conflictos con la nueva administración, Lula y el PT reclaman tiempo para equilibrar aquellos redimensionamientos de la reforma agraria impuestos por la responsabilidad de ser gobierno y los constreñimientos impuestos por la realidad de las cosas. En ese desencuentro vivido por ambos actores –uno frente a la moderación de quien quiere emprender reformas graduales con los instrumentos de la legalidad democrática, y otro a favor de la prisa dada por la magnitud de las demandas que moviliza–, se le plantea al MST la cuestión de tener que observar el Estado democrático de derecho e integrar ahora esta valoración al discurso con el cual interpela a los Sin Tierra. Ese sería un gran cambio para el MST, que lo llevaría a apartarse de un agrarismo con tendencia a la inestabilidad política, por demás extemporáneo cuando otros profundos cambios ya se incorporaron mediante la elección de Lula, incorporación que todavía está en el nivel simbólico, pero reconstituyendo el imaginario de la izquierda partidaria y motivando al nuevo gobierno. Lo que no es poca cosa, si pensamos en la contribución que la presidencia de Lula podría aportar –ahora con el realce de lo social en el desarrollo– en esta segunda fase de las modernizaciones iniciadas en tiempos de Cardoso. La presente circunstancia sería el momento oportuno para que el MST despliegue su potencial de innovación social, institucionalizándose en la democracia política brasileña y reflexionando sobre la experiencia de la forma como actuó el PT al asentar su trabajo agrario en la Contag.